MARTALA

HEMEROTECA
BPM Cardenal Cisneros

revista idealista y a destiempo del final de este siglo.

n.º 4
primavera / 83

francisco castañón — martala, un confidencial paseo ante occidente

joaquín carregal — historia, mito y poesía aborigen en la américa precolombina

julián basurto barbosa — fotografía

ángel luis c. fumanal — la manía dionisíaca/2

josé antonio de miguel — leopold von sacher-masoch; breves consideraciones sobre la venus de las pieles

vicente de diego — signar con luminaria o aconséjenme otra treta para tales atrevimientos

federico luis p. méndez — poemas

manuel rodríguez rodríguez — poemas

jaime siles — poemas

josé luis riechmann — si un día cualquiera...

josé adolfo herrera — metamorfosis con gustavo doré

alejandro altuna — pablo neruda: el fin del viaje

francisco julio marín — in memoriam

colectivo de arte «la cofradía» — happening

martala / director periodista: rafael alfaro / al cuidado de la edición: adolfo herrera y josé mascaraque / consejo de redacción: francisco castañón, emelina santana, mercedes benito, andrés dueñas, josé antonio de miguel, javier tarancón, elena pulgar gómez, eduardo aladro vico / consejo responsable: gregorio m. pérez, mercedes benito, javier tarancón / edita: asociación juvenil martala / imprime: gráficas dehon, morera 23, torrejón de ardoz / redacción: camino de los vinateros, 81, bajo c, madrid-30 portada y contraportada: g. jakobides y souza pinto / sumario y pie de imprenta: antón bachvarov y pablo picasso / depósito legal: m. 8644-1982.
patrocinan: fundación banco exterior y fundación santa maría.

MARTALA, un confidencial paseo ante Occidente

Fue por un insospechado juego de elegancia y crueldad que Martala —en sus primeras palabras de existencia— se hiciera dueña del voluptuoso principio del destino e introdujera la comicidad, sin remedio ni potencia, cuando los sabios conversaban satisfechos sobre el viperino dinamismo de los dioses nuevos. ¡Alguien vio mayor estolidez o atrevimiento!

Permite, por ello, que ahora Martala se descubra ante ti, supremo Occidente. Oh sí, disculpa a esta desdichada criatura que, como amante despreocupada y, quizás, inoportuna, nos revele algunos fantásticos deseos. De este modo podremos caminar, al son de los compases de un minuetto, sobre la orilla izquierda del Sena mientras ahogamos nuestro tímido dandismo en un orgulloso recodo de sus aguas. Pero, antes, tengamos el valor de detenernos un momento —luchemos contra esa tópica rapidez que abarca al planeta—, y observemos los puentes, las farolas, sus bares nocturnos, sus ardientes bancos enraizados en los bulevares. ¡Dios mío, cuánta nostalgia soportamos de esta Europa perdida entre los siglos! Podremos también, al fin, implorar respetuosamente la cólera de la marchita rosa del invierno, que arropa nuestros indignados espíritus y nos defiende, a su vez, de los desvirtuados aristócratas o de los mediocres transeúntes, cuando, con su ebria frivolidad, profanan aquellos espejeantes salones de los palacios vieneses. Y porque libertino sólo sabe serlo el adolescente y el poeta, usaremos el encantador privilegio de batirnos contra esos coquetos y perfumados esperpentos que entre los palcos de Ascot o Salzburgo —perfecta ofensa— sirven la paz, el odio, tal vez la burla sobre bandejas de uranio enriquecido.

Permite que Martala se descubra ante ti, encorvado y triste Occidente. Al parecer ya no queda otra elección. Debemos despedirnos, casi por ley, de ese prodigio que amontona su conciencia entre la fatalidad de acometer un beso sobre los exámines hombros de una dama, en la esclavitud del insomnio. Aunque antes raptaremos el armonioso decoro o la encarnación de la inocencia, el melodioso resplandor de decimonónicas mujeres que alguien sin humor intenta envolver en «blue jeans»: como si en una época aconteciere convertir la envidia o la soberbia, la idiotez o la intriga en el distinguido intelecto de la Tierra; Martala, perfecta en su discurso siempre a tiempo, se introduciría por el misterioso concierto de la imaginación. Porque aún hoy nos resulta más sencillo abandonar nuestros suplicios al intenso furor de la banal violencia, persistiendo en el intento de conocer el extremo risible de la sangre. Y no gustándonos esta singular amenaza, quizás sea la hora de someterse a la olvidada y aventurera dignidad de las estrechas calles del Madrid de los Austrias. Buscar y recoger ese alicortado pañuelo carmesí que en sus incógnitos andares nocturnos perdiera algún esplendente y nostálgico monarca.

Hénos aquí, pues, para advertir que no se confunda el progreso con multicolores bebidas o bisuterías idólatras, la tradición con una ristra de souvenirs comprados en catedrales o castillos, o una avestruz con una chirimoya (porque la mente del «snob» puede llegar a turbaciones insondables). Sin embargo, sin saber qué hermoso suplicio nos empuja a ello, seguiremos recitando nuestros versos entre los jeroglíficos de la Alhambra o, bajo las montañas de Covadonga, volveremos a enredarnos, casi queriendo, en esas tertulias que nunca arreglan el mundo.

Permite que por última vez Martala se descubra ante ti, precario y decrépito Occidente. Permite también que yo me marche. Lohengrin y Scherezade nos esperan unidos de la mano, bajo ese claro de luna. Nos llaman hacia una original, solitaria y bohemia libertad. Abandonaré, por ello, mis níveos guantes sobre el lujoso terciopelo del carruaje, lanzaré mi sombrero de copa al firmamento y mi negra capa arrojaré a la perplejidad del lodo. Sólo portaré mi bastón por si mi suicidio dependiera de ello. Así, dejad que os invite a apurar junto a mí —sentados en las lucientes fontanas de Roma— una penúltima copa de champagne. Yo brindo por él. Yo brindo por vos, Occidente. Ahora ya sólo nos queda esperar que, en alguna propicia madrugada, un niño acurrucado entre el pudor suspendido de sus sueños tiente el pecado de imaginarte Sublime.

F. J. CASTAÑON

HISTORIA, MITO Y POESIA ABORIGEN EN LA AMERICA PRECOLOMBINA

Selección de textos y notas: JOAQUIN CARREGAL PUGA. Dibujos originales: M.º VALERIA REZENDE VASCONCELOS

PROPUESTA DE INTENCIONES

Erase una vez noventa millones de vírgenes libres bajo la tutela del sol y la luna danzando entre dioses en pos de la inmortalidad y la guerra. Fueron mancilladas por el yelmo extremeño y la cruz castellana en el tálamo del Imperio que Carlos de Gante pronto justifica: **pax inter christianos et bellum contra infideles.** Siglos después, la violación secular continúa. Y el yelmo. Y la cruz. Las botellas de whisky escocés y el tabaco americano conviven con los restos del Templo Mayor de Tenochtitlan.

La circuncisión del sueño, hoy, en las mansiones de la razón y el paradigma de la Biblioteca Nacional —yerma tumba de la vida— en pos del Códice Matritense, es quebrado brutalmente por el suicidio de Koestler y, finalmente, interrumpido por la indignación y el pánico.

Las Indias precolombinas —vírgenes azules de la memoria—, laberinto entre océanos de culturas vulneradas, escribe en sus memorias: «Al primer obispo de México se le antojó que todos los manuscritos simbólicos de los indios eran figuras mágicas, hechicerías y demonios, y se hizo un deber religioso de exterminarlos por sí y por medio de los misioneros, entregando a las llamas todas las librerías de los aztecas». Abordar su complejo cultural después del expolio es tarea árdua, fascinante y difícil. ¿Y por qué lo es? En primer lugar por carecer el patrimonio aborigen de suficiente integridad. El colonizador destruyó casi sistemáticamente el fondo nativo o ideologizó sin reservas y con altas cotas espurias aquello que vio, negando de inmediato la realidad como producto ajeno, secundario y maléfico. En segundo lugar, por carecer —a punto de celebrar el V Centenario del **descubrimiento** (descubrir para el europeo del siglo XVI es **crear:** lo anterior **no existe** fuera del circuito cronológico Grecia-Roma-el Barroco y Trento...)— de la capacidad de admiración y fascinación para mirar como niños el sinfónico mundo del misterio original. El espacio cósmico y mítico por sobre las multicolores plumas de Quetzalcoatl es una desmesurada realidad imposible de abarcar con la razón y la estética del siglo. En tercer lugar, carecemos aún de trabajos sistemáticos, de fuentes comparadas, de medios e instrumentos suficientes para distinguir y asociar, ver y tocar, promover y divulgar el encanto del pensamiento poético y dramático de las Indias de Occidente. Cuatro aproximaciones sucesivas —allende los siglos y el mar— y a manera de tímido ceremonial, nos permitirá con escasas notas y abundantes textos originales, conocer la **poesía precolombina** (y así percibir el misterio del azul, como Tralk o Hölderlin en el espacio y la melancolía); el **panteón mexica** (para contrastarlo al griego, más humano éste, más divino y mágico aquél) y la **historia de los vencidos** (en la voz del mártir herido, que es daga y fuego de la conciencia imperial). ¡Ay, Chilam Balam de Chumayel, tu voz y tu memoria aún aguardan ser amplificadas! ¡Ay, Huaman Poma de Ayala, cubierto de siglos apenas eres lánguida voz desde la Biblioteca Real de Copenhague!

UN CONTEXTO NECESARIO

Para localizar los textos poéticos serán útiles algunas precisiones: 1.º América Nuclear al llegar la cruz y la espada (y el caballo y la sífilis) es un área socio-cultural en transformación. Su organización como imperio militar y sacerdotal cuenta con un alto desarrollo del arte, la economía, la política y el pensamiento. Rápidas vías de comunicación, derecho y diplomacia propias, culto y unidades militares organizadas, inmejorables explotaciones agrícolas y poblaciones urbanas concentradas y racionalmente distribuidas: Tenochtitlan-Tlatelolco (el actual D. F. mexicano) contaba en el siglo XVI nada menos que con medio millón de habitantes. 2.º La literatura en lengua nahuatl, clásica del Imperio Mexica, se transmite oralmente ya que se carecía de un sistema articulador de carácter fonoalfabético. El **Catecismo de la Doctrina Cristiana** de Fray Pedro de Gante (S. XVI) es una muestra de «escritura» ideográfica o pictográfica común a los Códices precolombinos y en cuanto tal, familiar para el indio: el bendito se significa como un hombre con flores en las manos: el maldito, con una lanza; la vida como una flor/árbol; la muerte como una momia; el cielo como el firmamento estrellado, etc. El alto desarrollo jeroglífico alcanzado permitirá el rápido aprendizaje de la escritura latina, medio por el que se transcribirá y conservará el mundo poético desarrollado a lo largo del siglo XV y primer tercio del XVI.

Un texto sugerente de un cronista religioso nos permite conocer la transmisión por procedimientos nemotécnicos de una a otra generación de la propia: «**Para tener memoria entera... de los muchos cantares que tenían, que todos sabían, sin discrepar palabra, los cuales componían los mismos oradores, aunque los figuraban con caracteres, pero para conservarlos con las mismas palabras que los dijeran los oradores y poetas, había cada día ejercicio de ello en los colegios... y con la continua repetición se les quedaba en la memoria sin discrepar palabra**». (Garibay: **Historia de la literatura nahuatl**, citado por J. Alcina Franch en **Poesía Americana Precolombina.**

3.º Salvo que el autor se identifique —los pocos fragmentos que se conservan— la literatura poética es anónima y de temática mítico-religiosa (el **Popol Vhu** por ej.) o épico-histórica: «**Aquí Tenochcas aprenderéis/ cómo empezó la renombrada/ la gran ciudad/ México-Tenochtitlan/ en medio del agua/ en el tular/ en el cañaveral donde vivimos/ donde nacimos/ nosotros los tenochcas**». Temática épico dramática que inspira el escaso teatro maya conocido: el **Rabinal Achí, Ollantay** o **Atahualpa**, pero que no descarta la lírica o la erótica entre otros géneros. 4.º Para conocer la poesía nahualt, la más abundante en número como en rica calidad estética, es de valor fundamental la **Colección de Cantares Mexicanos,** manuscrito del 1560-70 recopilada por un indio para fray Bernardino de Sahagún, existente en la Biblioteca Nacional de México y los **Romances de los Señores de la Nueva España.** 5.º A pesar del carácter anónimo al que hemos hecho referencia, se conocen autores individuales, o conjuntos agrupados en recopilaciones que conocemos bajo un solo título, por ejemplo el **Chilam Balam de Chumayel,** del cual hicimos referencia y al cual volveremos al evocar la historia de los vencidos. De entre los poetas individualizados destaca el rey de Tezcoco Netzahualcoyotl, el más alto lírico de su época a la vez que regente en su reino, de una verdadera corte literaria en el contexto floreciente del siglo XV.

Estos toltecas eran ciertamente sabios:
Solían dialogar con su propio corazón.

I

¡Sólo venimos a llenar un oficio en la tierra, oh amigos!
Tenemos que abandonar los bellos cantos,
tenemos que abandonar también las flores. ¡Ay!
Por eso estoy triste en tu canto, oh tú por quien
se vive.
Tenemos que abandonar los bellos cantos.
Tenemos que abandonar también las flores.
Brotan las flores, median, germinan, abren
sus corolas, ¡ah!
De su interior brota el canto florido que
sobre otros tú haces llover y difundes, oh
Cantor.

ANONIMO NAHUATL

II

Ya vine, amigos míos:
con collares ciño; doy plumas de tzinitzcan
con plumas de guacamaya rodeo
con oro matizo,
con trepidantes plumas de quetzal
entrelazo la Hermandad: rodeo con
cantos la Comunidad.

TEMILOTZIN

III

a)

Labro esmeraldas,
oro moldeo:
es mi canto.
Engarzo esmeraldas:
es mi canto.

b)

En la gota de rocío
brilla el sol: la gota
de rocío se seca.
En mis ojos, los míos,
brillas tú: yo, yo vivo.

POESIA OTOMI

IV

¿Dónde vives, mi dios dador de vida?
Muchas veces te busco:
por ti soy un doliente cantor.
Yo te doy deleite.
Blancas, perfumadas flores, llueven aquí
sólo blancas flores olientes
en la primaveral casa, en la casa de matices.
Yo te doy deleite.

AQUIAUTHZIN

V

La bellísima luna
se ha alzado sobre el bosque:
va encendiéndose
en medio de los cielos
donde queda en suspenso
para alumbrar sobre la tierra,
todo el bosque.
Dulcemente viene el aire
y su perfume.
Ha llegado en medio del cielo,
resplandece su luz sobre todas las cosas.
Hay alegría en todo buen hombre.
Hemos llegado adentro
del interior del bosque donde
nadie nos mirará
lo que hemos venido a hacer.
Hemos traído la flor de la Plumería,
la flor del chucum, la flor
del jazmín canino, la flor de...
Trajimos el copal, la rastrera cañita ziit,
así como la concha de la tortuga terrestre.
Asimismo el nuevo polvo de calcita dura
y el nuevo hilo de algodón para hilar;
la nueva jícara y el grande y fino pedernal...
Ya, ya estamos en el corazón del bosque,
a orilla de la poza en la roca,
a esperar
que surja la bella estrella que humea
sobre el bosque. Quitaos vuestras ropas,
desatad vuestras cabelleras;
quedaos como llegastes aquí,
sobre el mundo,
vírgenes
mujeres mozas...

POESIA MAYA

JULIAN BASURTO BARBOSA

A la guadaña que saja arte. A la mano, carroña impura, que lo roba. A la casa, piedra maldita, que lo esconde. Al soplido que lo apaga: a todo ello destierro, destierro indefinido.

Un rayo de sol sobre la hoja de un árbol, cuyas vetustas raíces albergan miles de seres diminutos.

Una mano que se abre para dar, otra que se cierra recibiendo.

Una boca que se abre para hablar, otra que se cierra y otorga, y sonríe, y duda, y besa.

¿Dónde estás, fantasía?

Déjame que corra por tus bosques, que beba de tus manantiales, que duerma bajo tus estrellas, que me abrase el sol de tus días, que me congele con el frío de tus noches.

Quiero ser la pluma que escriba tu historia. El pincel que pinte tus desiertos y parques, tus castillos y chozas, tus blancos y negros.

Quiero la escala que me permita descifrar el canto de tus pájaros, la melodía de tus ríos,

el son de tu corazón ... y el mío.

La «manía» dionisíaca / 2

En el mítico mundo de Dionysos brilla un destello paradisíaco cada vez que las **ménades,** arrastradas al centro mismo del torbellino báquico, hacen manar de la roca fuentes de leche y miel, y ríos de dulce vino. Fuera de sí mismas un largo instante, sosegadas después, las ménades se recobran de su éxtasis. Sería arriesgado pensar que ese cuadro de misticismo extático, que nos dejó pintado Eurípides en las «Bacantes», fue un mero fruto de su imaginación literaria sin ninguna base histórica en el culto de Baco. Sabemos que en Delos, archipiélago de las Cícladas, las tres bacantes Enotropas («convierte-en-vino»), modelo de todas las ménades, tenían el don de cambiar en vino el agua. No hay razón para no creer a Platón, que nos dice que tal milagro pasaba por corriente en los ritos de su tiempo, sobre todo teniendo en cuenta que en algunas ciudades griegas se practicaba el portento inverso: el vino era convertido en agua, lo cual constituía en verdad un milagro asequible, habida cuenta de las posibilidades químicas de la destilación del vino. ¿Por qué dudar, entonces, de que —por medio de signos erróneos o auténticos— el dionisismo propagó su fe sincera en la recuperación de la Edad de Oro?

Y, sin embargo, los cuatro costados de la realidad estaban llenos de sombras, que rompían la ilusión dionisíaca. Las ménades sueñan la era de Kronos, pero viven (¡al despertar!) en el crudo mundo de Zeus. Fue Zeus quien despojó a la tierra de su perpetua fertilidad en frutos y hombres, fue Zeus quien separó a los hombres de los dioses y de los animales salvajes, fue Zeus quien puso veneno a la serpiente. Y, sobre todo, fue Zeus quien impulsó al rey Penteo a vigilar el idílico coro de las Bacantes. No es extraño que surja entonces el lado cruento de la «manía» dionisíaca. Rodeado por la amenaza de los Olímpicos, el mundo de Dionysos desarrolla su instinto de supervivencia. Surge entonces la lucha inevitable.

En las «Bacantes» de Eurípides las ménades conviven pacíficamente con las fieras del monte. Pero, cuando los pastores del Citerón, súbditos de Penteo, intentan darles caza en nombre de la «polis» de Tebas, ellas caen bajo el vértigo de una «manía» destructora y atacan con uñas y dientes a las vacas que en sumisa grey estaban paciendo el verde. Desgarran a dentelladas tiernas novillas y devoran cruda

su carne. En el delirio de su **omofagia** no hacen sino imitar a su dios, que en Naxos es llamado Meilichios —«dulce como la miel»—, pero que en Lesbos y Quíos irrumpe como Omestès y Omadios: «devorador de carne cruda». Las ménades que antes fueron tímidas cervatillas, como simboliza la **nébrida** o piel de corza con la que estaban vestidas, se convierten ahora en terribles panteras, cuya piel (la **pardálida)** cubre otras veces sus hombros. Extasiadas en medio del lacerante **diasparagmòs** las ménades se trasladaban a aquella Edad de Oro en la que, ausente la ganadería de Apolo, se practicaba una caza noble, sin armas ni hierro..., en paridad de recursos entre el cazador y la víctima. Así, la «manía» supera el orden de Zeus, que separó a dioses de hombres, a depredadores de depredados, a los armados de los inermes. Y, sobre todo, contra el sacrificio prescrito para Zeus Olímpico, en que la víctima era cortada a cuchillo y pasada por el fuego (lo trajo a los hombres el titán Prometeo después de la Edad de Kronos), las ménades instituyen un sacrificio grato a su dios Zagreo, el gran cazador de las montañas de Creta.

Con la misma crudeza, que emplean contra el sumiso ganado de Tebas, las ménades atacan —¿o contratacan?— contra los hijos de la familia olímpica. Como Dionysos, los hombres de la Edad de Oro nacían de la tierra madre. Las ninfas o los animales salvajes eran las únicas ubres en las que los hijos de la tierra podían encontrar su primer sustento: En Amiclas (Lacedemonia) se celebraba una fiesta llamada **Tithenidia** en honor de las nodrizas míticas. Las grandes bacantes del mito dionisíaco, es decir, las hijas de Proitos, las de Mynias, y, sobre todo, las de Kadmos, hermanas de Sémele —Ino, Agave y Autónoe— cumplieron todas el mismo rito sangriento: abandonaron sus hijos a la muerte, para ofrecer sus rebosantes pechos a los niños que, desde fuera del matrimonio o al menos desde fuera de **su** matrimonio, les ofreció el azar o les impulsó a buscar el instinto materno. Ino es la mítica nodriza que recogió al niño Baco de entre las cenizas de Sémele (o del parturiente muslo de Zeus). Para todas esas madres se consuma la tragedia: Ino asesina a su hijo Melicertes; es despedazado por los perros Acteón, el hijo de Autónoe; y Agave en el trance dionisíaco mata a su hijo, el rey Penteo, a quien confunde con un cachorro de león. Las hijas de Mynias y las de Proitos, después de masacrar a sus propios hijos, se retiran a los parajes silvestres, donde (podemos conjeturarlo) criaban a los niños abandonados... Expresamente nos lleva en esa dirección Eurípides, cuando dice que las bacantes de Tebas, al mando de Ino, Agave y Autónoe, «robaban a los niños de las casas» (BACANTES, v. 754). ¿Con la secreta intención de matarlos como a sus propios hijos? Es un error haberlo pensado. Eurípides dice que las bacantes ofrecían a los cachorros salvajes sus pechos rebosantes, tras «abandonar» las criaturas que acababan de parir recientemente. ¿No hemos de suponer que esos mismos bienaventurados pechos amamantaban a los hijos de la tierra con la leche que negaban a los hijos de la familia olímpica? La respuesta afirmativa la encontramos en Nonnos (s. IV d.C.):

> «Algunas bacantes arrancaban a un niño de los brazos de sus padres y lo sentaban sobre sus hombros. El bebé sonreía balanceándose al viento, y, aunque ninguna correa lo sujetaba, no temblaba ni se caía jamás al suelo. Cuando el pequeño agarraba los pechos de la bacante pidiéndole de mamar, como si fuera la propia madre, al punto abundante leche llenaba sus ubres, tanto si era casada como si nunca hasta entonces había conocido marido. Entreabriendo el broche de su túnica, acercaba a los labios hambrientos del niño sus pe-

chos novísimos. Así la virginal bacante saciaba al recién nacido de un jugo maravilloso.» (DIONYSIACA, XLV, 294-ss.)

Sabemos que en algunas ciudades griegas se practicaba un ritual de **diasparagmòs** y **omofagia** a imitación de las míticas ménades. La víctima no fue siempre animal. En la isla de Ténedos, al menos, Dionysos recibía el apodo de **Anthroporrhaistès**, «descuartizador de hombres». El epíteto debía tener base firme: Todavía en época histórica era practicado allí un extraño sacrificio en el que se mataba una tenera vestida como un recién nacido y calzada con coturnos dionisíacos; se trataba probablemente de la atenuación de un antiguo sacrificio humano. Desde luego hay indicios de sacrificios de niños en Creta, donde la víctima era relacionada con los míticos Kouretas, que cuidaron al niño Zeus —el divino Kouros— en tiempos de Kronos. Incluso testimonios dignos de crédito nos hacen saber que en el siglo IV a.C. se practicaba en los montes de Arcadia canibalismo ritual comiendo carne de recién nacidos. Todo conduce, sin embargo, a pensar que los sacrificios humanos no son un rito específico del dionisismo, sino reminiscencias de tiempos remotos en culturas muy dispares. En Egipto nos topamos con la leyenda del rey Busiris (Osiris), que sacrificaba a los extranjeros que a él llegaban. En Palestina se practicaron ritos muy similares (¿no fue el sacrificio de Abraham atenuación piadosa de otra leyenda más antigua?). Pero, cuando el devenir de los tiempos mudó de raíz las costumbres, el rito dionisíaco se fue despojando poco a poco de su rudeza: Según nos cuenta Plutarco, s. II d.C., durante las fiestas Agrionias de Queronea, en Beocia, el sacerdote de Baco perseguía a las mujeres de la ciudad con el propósito, ya meramente simbólico, de matar a la que diese alcance; sólo una vez y por accidente, según parece, alcanzó a una mujer con su espada y la ceremonia terminó de forma trágica.

Ya desde la antigüedad algunos estudiosos de Dionysos interpretaban el **diasparagmòs** y la **omofagia** como un sacrificio salvífico en el que la víctima era el dios mismo. Dicha interpretación se basaba en la versión de los órficos —los seguidores de Orfeo— sobre el mito de Zagreo: Primera encarnación de Dionysos, el dios Zagreo fue devorado en un descuido de su padre Zeus por los titanes. Según la doctrina órfica, todo **diasparagmòs** era una repetición ritual del sacrificio primordial de Zagreo. Error manifiesto. En las primeras versiones del mito, Zagreo no es devorado, sino simplemente «cocido». Y, aunque en las versiones posteriores el dios es en verdad comido a trozos, al haber sido previamente sometido por cocción al fuego, su sacrificio queda desvinculado de la **omofagia** irrenunciable al carácter dionisíaco. El verdadero Zagreo cretense —auténtico Dionysos— no es ya el Zagreo de los órficos. Y por eso el sacrificio dionisíaco no puede ser entendido como una comunión del divino niño, muerto y resucitado. El mismo Orfeo, adorador de Apolo (la lira no es un instrumento musical dionisíaco), incurrió en la ira de Dionysos y fue descuartizado vivo por las bacantes: Esta sola leyenda vuelve ilusorio cualquier intento de fundir el orfismo con los misterios dionisíacos.

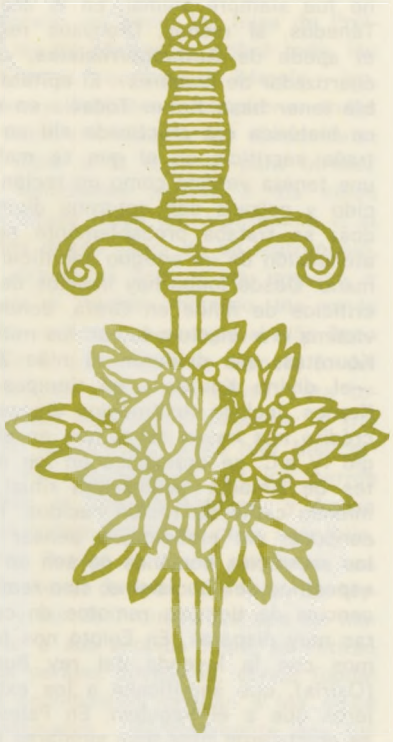
Y, sin embargo, Dionysos probó el sabor amargo de la persecución y la muerte. Según una tradición el viejo Kadmos, molesto por el sospechoso «flirteo» de su hija —las mismas hermanas de Sémele la acusaban de fingir bodas con Zeus, para tapar el desliz que habría cometido con cualquier mortal—, la arrojó con su hijo Dionysos al mar, metidos ambos en un arcón de acero. El episodio, introducido tardíamente en el mito dionisíaco, recuerda demasiado el castigo similar que sufrieron Dánae y su hijo Perseo; pero no falta un relato semejante en los estratos más antiguos del dionisismo: En el Canto VI de la Ilíada el niño Dionysos es perseguido en Tracia por el cruel Licurgo, hijo del mismo Ares, y tiene que sumergirse en las profundidades marinas, donde se refugia en brazos de la nereida Tetis. Según otra tradición (Escol. T., Ilíada, XIV, 319), el olímpico Perseo se enfrentó con las armas al indefenso Dionysos, acompañado de Ariadna, y lo hundió en el lago de Lerna, junto a Argos, donde estaban para los argivos las puertas de la mansión de Perséfone; las bacantes de Argos reclamaban con sonido de trompetas a Dionysos y arrojaban ritualmente un cordero al Lerna como ofrenda al portero de los infiernos. La tumba de Ariadna se veneraba en Argos. Quizá existió también allí una tumba de Dionysos. San Clemente Romano nos habla de otra posible tumba de Dionysos en la patria Tebas. Pero donde sin lugar a dudas se veneró la tumba de Dionysos fue en el sagrado recinto de Delfos, según testimonio de Philóchoros datado en el siglo III a.C. Incluso Plutarco y Pausanias ya en el s. II d.C. testifican que los restos de Dionysos descansaban debajo del trípode desde donde la Pitonisa pronunciaba el oráculo. Dionysos recibía culto en Delfos durante los tres meses del invierno. Para la teología délfica siempre fue incuestionable que Apolo estaba asentado ya al pie del Parnaso antes de que llegara Dionysos: El olímpico Apolo «cedió» un puesto en su santuario al dios de la Manía, por pura prudencia ecuménica... Pero, si pensamos que en la cueva de Kastalia, al pie del Parnaso, la serpiente Pitón silbaba el oráculo en nombre de Gea, la tierra, debemos temernos mucho que además de la serpiente se dejaron la piel a los pies de Apolo otros hijos de la Tierra, como el autóctono Kastalios, padre de Thyia, y quién sabe si el mismo Dionysos... Se decía que el Baco muerto en Delfos habitaba como en casa propia dos años en la **chthónica** mansión de Perséfone y Hades: Cada tercer año según la manera de contar de los griegos), durante las fiestas **trietérides**, las ménades descendientes de Thyia, es decir las Thyiades, subían en pleno invierno a los altos del Parnaso y despertaban a gritos al niño Dionysos dormido en brazos de la muerte. En época tardía, el mismo ritual se representaba mistéricamente descubriendo poco a poco la sagrada cesta-cuna (**liknon**=**leño**), donde dormía y era despertado el Divino Niño.

Una variante de Thyia parece ser Thyone, el nombre délfico de la madre de Dionysos, con la que él ascendió a los cielos. Pero nunca los devotos de Dionysos creyeron poder fundirse con su dios y participar en su glorificación. Quizá la «manía» de las bacantes por despertar a Dionysos del sueño eterno era sólo un vivo deseo de resucitar otra vez su presencia. Ellas sabían lo que sabían: la presencia de Dionysos podía significar para el mundo la vuelta de la Edad de Kronos y el regreso de una nueva raza de oro. Al menos esa esperanza mitigaba un poco su sufrimiento humano.

ANGEL LUIS C. FUMANAL

LEOPOLD VON SACHER - MASOCH

BREVES CONSIDERACIONES SOBRE «LA VENUS DE LAS PIELES»



El masoquismo es una actitud que con harta frecuencia se emplea en tono demasiado frívolo (desde el comic hasta el cine) o bien en un sentido demasiado logicista, demasiado científico (asombraría lo técnico de los numerosos ensayos y manuales siquiátricos dedicados al tema). Sin embargo, ambos enfoques, por extremos, olvidan la naturaleza original del comportamiento que, en cuanto a sentimiento, es mucho más humano que una perversión (vocablo que utilizamos por ser de uso corriente al referirse a este tema, aunque no le dotemos de ningún elemento valorativo) sexual o sicológica.

Y buena prueba de que esta consideración no es tan peregrina o lúdica como pudiera aparecer en un principio la constituye Leopold von Sacher-Masoch, un novelista austríaco, de quien deriva el término masoquismo. De origen judío, este profesor de Historia ha pasado a la misma, a su vez, por su copiosa obra literaria, basada en experiencias personales, que, paradójicamente no alcanza gran brillantez, y que pasó de una cierta fama (el autor llegó a ser homenajeado en París) a un completo olvido. He aquí, en síntesis, el carácter invariable de la vida y obra de Sacher-Masoch: su continua contradicción.

Sin embargo, donde mejor se muestra esa contradicción constante es en el terror-subyugación que al escritor austríaco le inspira la mujer, sentimientos que no podrá separar, ya que uno le guía irremisiblemente al otro.

Esto nos conduce , de alguna forma, a la consideración de que el masoquismo surge precisamente como resultado de la idealización de la mujer, de desproveerla de sus atributos humanos para convertirla en una Venus que, en cuanto tal, nos domina. La mujer, pues, deja de ser alguien real para convertirse en un objeto al que se dota de determinados valores de poderío y crueldad.

Así es como aparece Wanda von Dunajew en «La Venus de las pieles», sin duda la obra más representativa de este autor. En cuanto tal deformación, la mujer ofrece aquí una imagen fantasmática. La mujer es divina, por lo que el hombre no puede aspirar a ser su compañero, sino únicamente su esclavo, su ADORADOR.

Y es lógico que alguien a quien se atribuyen poderes que no tenía, y en quien se despierta un peligroso instinto de dominación acabe por «creerse» su papel y lo lleve tan lejos como sea posible. Además, hay un hecho que merece la pena destacar, y es que, en la novela, cuando Wanda trata de volver a la realidad es su propio ADORADOR (en definitiva, el mismo Sacher-Masoch) el que la obliga a reasumir su papel. Es decir, que puede inferirse que una relación en que un miembro sea masoquista no implica que el otro sea sádico por principio.

Llegados a este punto, es fácil trazar el camino que devendrá de esta adoración en un fetichismo en el más puro estilo decadentista post-romántico. En la novela que nos ocupa, esa senda viene marcada por la adoración a las pieles, indicada ya desde el título.

Sin embargo, este fetichismo, al contrario de lo que pudiera pensarse no es la etapa final, sino un paso más en el proceso sacralizador de la mujer. Es merced a las pieles que el objeto (recuérdese que la mujer no es aquí sino eso) se endiosa, y comienza a subir más y más escalones, que el ADORADOR se limitará a contemplar desde abajo, sin subirlos jamás. Tal vez sea este mirar de abajo-arriba lo que haga que aquél extienda su fetichismo a los pies de su adorada.

Tal vez el mejor colofón a estas breves reflexiones sea el que cada uno nos planteemos si, conforme a lo aquí expresado, no hemos sido masoquistas alguna vez, no hemos divinizado a alguna mujer.

JOSE ANTONIO DE MIGUEL

Signar con luminaria o aconséjenme otra treta para tales atrevimientos

Hiriente de espina o quizá de alfange es la belleza, *fermosa mugier*, dama errante donde son impredecibles la mística *al-kimiya* o la locura, el arrebato endocrino o la drástica de un estigma siemprevivo, el honroso pudor o el menoscabo de los que pensaron que debiste nacer noble, desmayada beldad entre mayúsculas del prócero lacre, soberbia, de la alcurnia del adalid del perifollo o al amparo ¡válgame dios! del marchamo de algún duquesado ¡qué menos!, y viene a parecerme a mí que no fue tu nacimiento sino vana arqueología, vestigio histórico cuando unos ojos delgadísimos o rupestres hábilmente descorrieron un velo a la umbría y el otro a la inmortalidad.

¡Ay!, belleza ésta, menudo atrevimiento, pequeña fumarola de carne, y de botánica, y de aroma mismo como es el ámbar combustible, al compás quizá, de un mago de cono empolvado y giratorio que desde el jardincillo soleado de su tórculo manual ¡por zeus! que no acaba ya de comprender si el desatino nos vino al alimón con estos tiempos o si es que a merced de la olvidanza caímos en descuidar ese organillo perspicaz y cantarín, que entre vericuetos de una urbe quizá flamenca, a menudo lo sólito impregnaba con la tonadilla jovial de la policromía, y a hurtadillas su ritornello parece que aún hoy pellizcarnos quisiera el alma.

Así que a desecar al sol pon tus estigmas, occidente, y tatúa el azahar del cítrico sobre tus venas, no vayan a tener que ser precisas nuevas invasiones que nos enseñen a ajustar el ojo en la oquedad del caleidoscopio, o que una mano foránea tenga que acendrar el pábilo torcido a nuestra vela. Y mientras tanto, pues no sea que ahora la lucidez se nos enfríe, allá, en la trastienda del medievo un buhonero errante, a saber, seguiría todavía vendiéndonos toda suerte de maltrecha menudencia, de chuchería, agujas y botones, algún acuario, un astrolabio persa o la ignota copa del Grial con ese regustillo fumante y sabio del enojo; caprichoso nos alquilaría, quizás aún, algún piolín sobrante, un óleo rancio y un pequeño cuenco para signar con luminaria la incertidumbre en estos tiempos.

VICENTE DE DIEGO CABALLERO

Toda yuxtapuesta soledad de mirlo yerto
que doliente hiciese de mi túmulo una herida
sería una grave y dulce puñalada al pájaro pinto.

Aquella pulsación de la hirviente sangre
(hilillo que ninguna aguja
quisiera coser en tu corazón),
desnudada de sus alientos redivivos
me descubre muchas tierras insondables al cariño.

Una generación,
un apunte hechizador en una pizarra de níquel,
aquel afán por ser piedra de barro colorado
y la mínima expresión de quienes no conocen la estirpe
o proscrito sepulcro en el que todos orinan su avaricia.

Yunta de bueyes rompiendo sus vejigas
en mi tristeza, macerando la mezcla en un almirez de oro.

Descorchábase genial el coraje de una raza,
alamares cáusticos empequeñecían los muslos de amaranto
y el tierno escorpión ya no tenía carne que picar.

Incienso torpe sin su atrio,
matemática olvidada por un alquimista de palo,
caliente aún en la retorta
la borboteante majestad de un pequeño pajarillo.

Yo pienso con vendas oscureciendo mi cerebro,
mis pies son borrachos que no saben remar sin ayuda,
la embriaguez es como un muchacho en su primera experiencia.

Esta morada que desnudo tiene aspecto de cilicio,
parece la saliva de un saurio ensangrentado.

Y maldigo por siempre a las bayonetas,
sutiles mentiras de históricas reyertas:
la dulzura de unos pechos desnudos, infintesimales,
la malicia de unos cuchillos negros, infinitos.

Transfigurado el círculo gravita,
austral y libre concéntricos sones expulsa.

El trueno se deshincha en voces graves
el trueno que muriese prisionero de una luz infame.

Esfera primitiva, torpe tierra,
lunáticos habitantes son los tuyos.

No te corresponden, son hijos de otra estrella.

Tú esperas siempre a tus hijos con los brazos abiertos,
ellos te maltratan con sus heroicas audacias.

Todos los planetas tienen su alma
y la tuya no es precisamente humilde,
es la poderosa gema que grita su antigua grandeza.

En tus entrañas brilla el oro y la plata.
La luna en tus lagos se contempla.

¿Quién es más hermoso,
aquel objeto pétreo, imperturbable y giratorio,
o aquel brumoso y nostálgico que se refleja,
espuma y llanto del océano infinito?

Viñedos y murallas, montañas y cipreses,
altozanos, ruiseñores, madreselvas, hojarascas,
llorosos sauces, primaveras, otoños,
hijos predilectos de la madre tierra.

Veo en tu mirar sencillo la azulada quietud
que el astronauta quisiera conservar para siempre en su memoria.

Si de tu arcilla nací, ¡oh roca primigenia!,
a tu barro colorado volveré para ser ceniza,
flor, acaso un día tiempo nuevo,
semilla ahora del sendero de los héroes,
madre mía.

FEDERICO LUIS P. MENDEZ

«MANDRAGORA»

Mandrágora negra, del Arrabal,
que nace en el centro de la Rosa.

Angel polvoriento,
con cañones hacia Dios.

Dolor infinito del Caballo renacido,
que primero respiró Nueva York.

Rayo verde aún late dentro de ti,
porque aún tienes gaviotas dentro.

Idílicos pasillos de acero y cemento,
tan solo rozados por la brisa blanca.

Diáfanas notas de tus espinas
de férreos corceles puntiagudos.

Muero por ti, de un salivazo en un ojo.
Ufano de saberte respirar.

Enamorado de tus ojos llorosos.
Rendido melancólicamente a tus pies.

Ebrio de luz, de música y de Muerte.
Sólo eres una Mandrágora.

«24»

No sabes lo que es
caminar por las calles vacías,
mientras en las casas
la gente fabrica la Navidad.
No sabes lo que se siente
cuando no encuentras
más que soledad
y soledad.

El eco
de tus pasos
solos,
solos.

No sabes qué es oír
cómo se apagan tus latidos
lentamente.

No sabes qué es buscar
una tumba abierta a las estrellas
donde la tierra te abrace
por décadas.

No sabes cómo grita el corazón
cómo te rasga la carne
cómo te sale por la boca
cómo la sangre te arde.
No, no lo sabes.

¿Sabes qué es caerte para adentro,
ahogarte en ti mismo
perderte por dentro?
Pero quizá sí.
Quizás tú seas como yo.

Como yo quizás amas el amor
bebes la tristeza
hueles el dolor,
la soledad.

Quizás hayas probado
pasar tardes enteras
buscándole un sentido
a todo.

Acaso también tú
tropiezas con tu ser,
y gritas de angustia,
de odio,
de miedo.

MANUEL RODRIGUEZ RODRIGUEZ

Jaime Siles

(Poesía 1969-1980. Colección Visor)

Alegoría

1

Como esas voces
que una palabra dicen
mientras suenan
y que luego no son
pero ya han sido
una palabra sola
mientras suenan:
una palabra ya
como esas voces

2

como esas voces
que han existido ya
y que ahora suenan
y que no son sino temblor de algo
que ahora no existe ya
pero que suena

3

como esas voces son
que ya no suenan.

Parábola de este mismo lugar

El que camina y va
y el que regresa

El que está en un lugar
y el que ha venido

El que está inmóvil
y aquel que no ha tornado

El que sólo es el tiempo
de un espacio distinto

El que nunca es el tiempo
ni tampoco el lugar

El que es y no es
el que será y ha sido

El que era agua
y ahora es sólo aire

El que era tierra
y ahora es sólo agua

El que era aire
y ahora es sólo tierra

Informan la materia
de este mismo lugar
donde el que es ya era
y el que será ya ha sido
porque son la materia
de este mismo lugar

Si un día cualquiera de Verano te detuvieses frente a una ventana cerrada no tendrías que esperar mucho antes de ver alguna mosca embistiendo tercamente contra el cristal, una vez y otra, en un intento imposible de atravesarlo. Y, quizá, llegases a pensar que es éste un animal estúpido, sin darte cuenta que nosotros, dignos representantes de la especie del «Homo sapiens» (el que tuvo no sólo la vanidad de nombrarse, sino que también dio nombre a cuanto le rodeaba), pertenecemos a esa clase de seres tanto más necios que el inocente díptero, puesto que más alto levantamos el vuelo y mucho más tangible es nuestra muralla de cristal.

No escribo con afán sarcástico, porque sarcástico sólo es quien no sabe reír, y tampoco entra en mi intención el hacerlo panfleto o seguidor de moda. Simplemente lo escribo entristecido. Y lo escribo porque pasé unos días del último Otoño en Pirineos y no pude menos de comparar, a mi vuelta, los frondosos hayedos, que había visto, con los árboles enfermos que, en El Retiro, olvidaban sus hojas teñidas de un sucio amarillento sin que éstas hubiesen conocido el rojo y el ocre. Hasta el mismo parque, que un día se me asemejó tupida selva, no es hoy sino una pequeña parcela perdida entre ruidos y calles; calles que hemos tenido que cubrir con tubos de neón para que nos recuerden estrellas que ya no vemos.

En Invierno estuve en Guadarrama, sólo para darme cuenta otra vez de que cada año hay menos nieve (debido al microclima de la gran ciudad, dicen) y que en los lugares donde antes crecían musgos y se levantaban orgullosos los helechos sólo medran hoy latas y calveros de hogueras. Después, como un borracho deseando olvidar, encaminé pasos errabundos hacia el zoo... y allí únicamente encontré una inmensa tristeza agazapada detrás del ojo del elefante, mientras que su frente surcada de ancianas arrugas se oscurecía por velos innombrables. Al volver, en el metro, divagaba y gemía. (... guerras se emprendieron por caprichos de reyes y como un solo hombre corrimos a alistarnos bajo sus banderas, sin preguntar por qué y a quién debíamos matar, pero bien atentos a la próxima provocación..., que sería excusa para la siguiente muerte. De vallas hemos cubierto los caminos, con candados y cadenas están cerradas las verjas, y las aldabas y campanillas que antes franquearon puertas no suenan ya sino como las carcajadas, desesperadas o histéricas, que ni siquiera somos capaces de escupir nosotros...)

Los Antiguos simbolizaron todo aquello que amaban u odiaban, deseaban o temían; y todavía yo, producto de este siglo, no puedo dejar de unir en mis sueños a la Naturaleza con una curvilínea y difuminada silueta que, apenas insinuada detrás de escasos tules, no deja de danzar para nosotros. Y, también en mis sueños, la he visto vejada y violada, desangrándose. Mutilada, muerta con el vientre abierto por dos tajos limpios... en forma de cruz.

No nos afanemos entonces cavando hoyos en el agua, ni caigamos en la tentación de rellenar los agujeros, que tan cruelmente abrimos, con afiladas piedras, porque cada una que dejemos caer los hará un poco más profundos. Al fin y al cabo, los remiendos no fueron pensados ni para mantos de armiño ni para capas reales.

Alcemos, pues, el cáliz, musitando ingenuas palabras de amor en sus oídos, y que nuestro beso convierta estos labios, que vírgenes recibimos, en otros puros hasta la eternidad.

JOSE LUIS RIECHMANN

METAMORFOSIS CON GUSTAVO DORE

«Me preguntas, mi buen amigo, si sé la manera de desencadenar un delirio, un vértigo, una locura cualquiera sobre estas pobres muchedumbres ordenadas y tranquilas que nacen, comen, duermen, se reproducen y mueren...

Todo esto dije a mi amigo y él me contestó en una larga carta, llena de un furioso desaliento, estas palabras: "Todo eso que me dices está muy bien, está bien, no está mal; pero ¿no te parece que en vez de ir a buscar el sepulcro de don Quijote y rescartarlo de bachilleres, curas, barberos, canónigos y duques, debíamos ir a buscar el sepulcro de Dios y rescatarlo de creyentes e incrédulos, de ateos y deístas, que lo ocupan, y esperar allí, dando voces de suprema desesperación, derritiendo el corazón en lágrimas, a que Dios resucite y nos salve de la nada?".»

MIGUEL DE UNAMUNO

Collage-fotomontaje: José Adolfo Herrera

PABLO NERUDA: el fin del viaje

Barcelona, Seix Barral, 1982.

Suele decirse que los poetas alcanzan la fama después de muertos. Tal vez sea cierto. Sin embargo, no es menos cierto que cuando la han conseguido en vida, nadie se afana más por enterrarlos en el olvido que sus propios recopiladores.

Es el caso de Neruda; es el caso de *El fin del viaje*.

Muy sólida ha de ser la fe en la obra de un poeta para que con libros como éste no se venga abajo estrepitosamente. Alberto Cousté, en un trabajo sobre Neruda, afirmaba que no es difícil encontrar peces muertos en el vasto océano de su obra. Ciertamente no: *El fin del viaje* es un cementerio marino. En él aparece un Neruda subterráneo, muy lejano de sus deslumbrantes construcciones verbales, de su fuerza visionaria. Nada puede, sin embargo, imputarse al poeta. Los poemas que aparecen recogidos en este volumen, salvo raras excepciones, estuvieron siempre desterrados de sus libros. No todos son inéditos: aparecieron de forma dispersa en diarios y revistas, o sirvieron de prólogo a libros de otros autores. Fuera de la circunstancia en que se escribieron no tienen valor alguno. Son poemas de tema político, amoroso o encomiástico, escritos con claves muy cerradas, sólo inteligibles conociendo la referencia. Ante esto, cabe preguntarse si tiene sentido el tratar de prolongar artificialmente la producción del poeta. Por un lado, los poemas que aparecen no aportan nada nuevo al conjunto de su obra; por otro, no hay por qué ocultar una serie de poemas que, aunque sin valor, forman parte de la producción de Neruda. El problema está en la forma de darlos a conocer. *El fin del viaje* es un libro que no se mantiene por sí solo si se presenta sin apoyos críticos. Los poemas que incluye son técnica descarnada, puro juego en muchas ocasiones.

En lo residual puede encontrarse a veces la explicación de las grandes obras. Sobre todo si lo residual presenta constantes tan evidentes como *El fin del viaje*: son poemas circunstanciales y, en su gran mayoría, rimados. Esta conexión entre el tema circunstancial y la forma rimada se da varias veces a lo largo de la obra de Neruda. Pensemos si no en *Incitación al nixonicidio* o en *Canción de gesta*. Un caso extremo dentro de esta conexión son los sonetos que Neruda dedica privadamente a sus amigos. La circunstancialidad es evidente; se sobrepasa el empleo de la rima llegando a la estrofa clásica. *El fin del viaje* incluye once sonetos. Como casi todos los de su autor, son sonetos astillados: no mantienen la rima o alteran la acentuación. Llama la atención el hecho de que Neruda fuera capaz de escribir libros enteros en eneasílabos o en dodecasílabos y, sin embargo, se revelara como un deficiente versificador en estrofa clásica. Quizá fuera una decisión de huir de lo clásico; quizá fuera incapacidad. De Freud se dice que elaboró sus teorías sobre el psicoanálisis porque era un mal hipnotizador. Tal vez por el mismo motivo, Neruda es uno de los poetas en lengua castellana que mayor perfección ha conseguido en el empleo del verso libre.

El fin del viaje incluye dos poemarios: uno que lleva el mismo título que el volumen, y otro titulado *Paloma por dentro*. En el primero se recogen textos de diversa procedencia y contenido muy variado. Hay una absoluta falta de rigor en el trabajo de recopilación. La ordenación del libro es arbitraria; no se especifica la procedencia de algunos poemas. En ciertos casos, la falta de rigor raya la desvergüenza: el poema «Parece que llamara» tiene una nota a pie de página en la que se indica que es «absolutamente inédito». Es un poema corto, de tan sólo cinco versos, y contenido enigmático. El enigma desaparece cuando, páginas después, volvemos a encontrar esos mismos cinco versos formando parte de una composición más amplia, titulada «Canción del lago». Nada se dice acerca de la publicación o no de este poema. Algo parecido sucede con «Regresos». Aunque esta vez la nota a pie de página no dice claramente que el poema sea inédito, se da a entender esta posibilidad, cuando la realidad es que esta composición, con dos variantes, aparece en *Jardín de invierno*. «Número y nombre» está en situación similar a los poemas anteriores: publicado en el diario *El Mercurio* en 1933, apareció en el volumen inmediatamente anterior a *El fin del viaje*, *El río invisible*, que recogía poesía y prosa de juventud. No se menciona este último libro y nada parece justificar que un mismo poema aparezca recogido en dos obras de las mismas características.

En cuanto a *Paloma por dentro*, incluye varios poemas de *Residencia en la tierra*, más uno que quedó inédito: «Severidad».

El fin del viaje es, en definitiva, un engaño: se anuncia como obra póstuma lo que no es más que una recopilación hecha sin rigor alguno; se anuncia la publicación del fascsímil de una obra inédita, *Paloma por dentro*, con dibujos de García Lorca, cuando lo que se ofrecen son varios poemas de *Residencia en la tierra* y lo único facsimilar son, precisamente, los dibujos.

Los detractores de Neruda podrán frotarse las manos con este libro disparatado. Habrá también quien defienda unos poemas incapaces de sostenerse en pie. Ni una ni otra postura tiene sentido. Busquemos, pues, el lugar de estos poemas en el conjunto de una obra inmensa donde, como en todo lo extenso, existen cimas y llanuras.

ALEJANDRO ALTUNA

In Memoriam

Más allá de las perdidas cordilleras azules del Vax discurre el sinuoso Nith' y sus cinco afluentes, regando con sus tibias aguas el profundo valle de las piedras primigenias. La brisa de la tarde silba obsesivas melodías al compás del rumor del agua mientras, lentamente, las embarcaciones navegan por su curso balanceándose de forma suave y sensual, como si la mano del espíritu del río las acariciara. Cuando, pasado el Gran Pilar de basalto negro, llega a su desembocadura en el mar tenebroso, el cielo se llena de sombras y el agua ruge amenazadora; por ello, es conveniente no continuar viaje y detenerse en la bella ciudad de Mnem (la ciudad de los recuerdos y las añoranzas, que impedirá al viajero, con su poderosa y subyugante influencia, dirigirse al mar, pues, según dicen, en un punto se desborda constantemente y hace caer todo lo que hay cerca hacia los abismos estelares y agujeros negros que pueblan el inconmensurable cosmos.

Abajo, la obscuridad extiende su manto al caer la noche y las débiles luces de las farolas crean pequeños archipiélagos de seguridad llenos de suspiros de alivio, exhalados por ocasionales y solitarios transeúntes poco dados a frecuentar ambiente tan hostil. Al quedar todo en silencio, sólo roto por el viento con su arrastrar de hojas secas en desenfrenada carrera por callejuelas sucias y mal iluminadas, una delgada figura vestida de negro sale de entre las sombras y pasea tranquila, recreándose en el eco que producen sus pasos por las solitarias avenidas de árboles retorcidos, cuyas desnudas ramas intimidan a los noveles. Un gato se acerca al personaje y ronronea, agradecido, mientras él acaricia su cabeza, para proseguir después su agradable interrumpido paseo, que culminará en el cementerio. Lejos se pierden las picudas buhardillas ,recortadas contra el cielo ennegrecido, y el tenue resplandor de las farolas desaparece al franquear la puerta que da a la antesala del Reino de los Muertos. La cornuda luna ilumina, débilmente, tintando el ambiente con su espectral tono blancoazulado que contrasta con las acechantes tinieblas. Esquivando las pálidas lápidas se divisa difusamente su meta: un chapitel apartado en el que figura la inscripción PHILLIPS, en sobria y sesuda letra de palo, que nos muestra la prueba de identidad de la enlutada silueta, que, fundiéndose con el panteón, desaparece del mismo modo que vino, difuminada entre las sombras.

...lleno de anotaciones, un pequeño montón de hojas de papel, amarillentas y añejas por el paso del tiempo, yace a mis pies:

«... al amparo de la obscuridad, salen de sus rendijas y grietas, de las buhardillas y callejones de la ciudad, aquellos seres humanos que, por razones tenebrosas y remotas, se guarecen durante el día en sus grises nichos. Ellos son los deformes, los solitarios, los enfermos, los ancianos, los perseguidos y esas almas perdidas que están siempre buscándose a sí mismas bajo el manto de la noche, que les es más beneficioso de lo que jamás puede serlo para ellos la fría luz del día. Son los heridos por la vida, hombres y mujeres que nunca se han recuperado de los traumas de la niñez, o que han buscado experiencias no permitidas al hombre. En cualquier lugar en que la sociedad humana se ha concentrado por un período de tiempo considerable, allí están ellos, aunque sólo se les ve surgir en las horas de obscuridad, como mariposas nocturnas que se mueven en los alrededores de sus guaridas por breves horas, antes de huir de nuevo cuando surge la luz del sol» (*).

Y cada noche, en sueños, busco inútilmente la tumba que señale el lugar exacto del entierro de Lovecraft.

FRANCISCO JULIO MARIN LOPEZ

(*) «La Hermandad Negra», de Howard Phillips Lovecraft.

Son las 7 de la tarde.

Noviembre del 82.

Una docena de cofrades

se introduce en el metro

de Palos de Moguer

y penetra en el último vagón.

En procesión silenciosa,

y toma el extremo del vagón,

atraviesa un pasillo atestado

de viajeros

donde se apiña mostrando la espalda.

El convoy inicia su marcha y,

de súbito,

al grito feroz de " Neurastenia, Aquelarre!", proferido por un cómplice mal encarado,

la Cofradía vuelve su rostro al público

y delata con sus falos de luz al poseído.

Carcajadas y estupor

entre los usuarios del metro.

Ya en Lavapiés,

los cofrades

invocan con sus falos

a las fuerzas sutiles.

sutiles.

Mal
Mal
Mal
Mal
Mal
Y ungidos por el Mal,
irrumpen en el Café Barbieri,
donde la Sígfides Cornamudes
es abyectamente sacrificada
ante multitud de testigos impotentes.
La Cofradia
La Cofradía
La Cofradía,
en esta prueba
de fuego,
fuego,
ha logrado
su propósito:
alterar
el
discurrir
anodino
de
lo
cotidiano.
La Cofradía.
Colectivo de arte.

HEMEROTECA

BPM Cardenal Cisneros